



El Búho Nº 30
Revista Electrónica de la [Asociación Andaluza de Filosofía](#).
D. L.: CA-834/97. - ISSN 1138-3569.
Publicado en <https://elbuho.revistasaaafi.es/>

***El Banquete de los Atrabiliarios*, de Francisco J. Fernández.
Prólogo de Vicente Serrano. En Plaza y Valdés, Madrid,
2025, 180 pp. ISBN:978-84-17121-16-7.**

Mario Molina Bonache
Universidad de Murcia

Resumen

En este texto se realiza una aproximación y comentario a la obra *El Banquete de los Atrabiliarios*, centrandó nuestra atención en los aspectos literarios como la narratología tan característica de ésta, qué caracterización y qué perfil respecto a la tarea filosófica presentan los personajes que la abordan. Además, exponemos de forma sucinta varias de las cuestiones de mayor peso conceptual que se tratan en el libro y que son una perfecta muestra de algunos de los problemas de mayor tradición filosófica y lingüística, aquí repensados muy inteligentemente a partir de, por un lado, el corsé que proporciona el género literario del diálogo filosófico, hecho que nos sirve para trazar algunas resonancias de la obra en cuestión con el simposio platónico y, por otro lado, la catapulta epistemológica que supone el ajedrez para el autor.

Palabras clave: diálogo filosófico, género simposiaco, filosofía del lenguaje, lingüística.

Abstract

This text provides an overview and commentary on the work "El Banquete de los Atrabiliarios", focusing our attention on literary aspects such as its characteristic narratology and the



characterization and profile of the characters in relation to the philosophical task they undertake. In addition, we succinctly present several of the most conceptually significant issues addressed in the book, which are a perfect example of some of the most traditional philosophical and linguistic problems. Here, these issues are very intelligently rethought based, on the one hand, on the constraints imposed by the literary genre of philosophical dialogue, which allows us to draw some parallels between the aforementioned work and Plato's symposium, and, on the other hand, on the epistemological catapult that chess represents for the author.

Keywords: philosophical dialogue, symposiac genre, philosophy of language, linguistics.

Ahogadilla estival en dimes y diretes filosofantes

...accusatio manifesta

A pesar de que acostumbro a obedecer religiosamente a las advertencias construidas a golpe de empirismo milenario que se desprenden de esas píldoras de sapiencia ácrona que son los refranes, en esta ocasión he cedido por amistad, otrosí de por un diletantismo incontrolable –en cualquiera de sus dos acepciones peyorativas, por supuesto, mas llevado a honra si, con Unamuno, sólo queda dividir el mundo intelectual en dos clases: «*dilettantes* de un lado y *pedantes* de otro (*Del sentimiento trágico de la vida*, Losada, 1964, p. 234)»–, y he aceptado la propuesta de inmiscuirme en el insondable mundo filosófico y literario de Francisco J. Fernández, totalmente consciente de que lo hago con una alta probabilidad de quedar retratado como un mero bufón por calzarme unos zapatos que no me son los propios y en lugar de *calzar el coturno* más bien lo que me calce sea el zueco; sea como fuere, la



empresa, más allá de los previsibles resultados, quede acometida con el ímprobo esfuerzo propio del unamuniano tercer grado moral posible en el oficio de la zapatería, *i. e.* por amor a ellos y por religiosidad. Esto, por supuesto, no obsta para reconocer que el compromiso, como debe ser, se ha adquirido en mayor grado con la verdad, la siempre *magis amica*, y por ello hago mías las palabras del tábano ateniense que, de forma previa a su exposición del celeberrimo discurso sobre el amor en casa de Agatón y antes de una breve muestra de su punzante mayéutica, espetó: χαιρέτω (sc. ἔπαινον) δῆ. οὐ γὰρ ἔτι ἐγκωμιάζω τοῦτον τὸν τρόπον—οὐ γὰρ ἂν δυνάιμην—οὐ μέντοι ἀλλὰ τὰ γε ἀληθῆ, εἰ βούλεσθε, ἐθέλω εἰπεῖν κατ' ἑμαυτὸν (Pl. *Smp.*, 199a-b). Sea.

Recusatione facta, el abordaje que se va a realizar sobre el último opúsculo, por extensión que no por profundidad conceptual, filosófico publicado por Francisco J. Fernández, *El Banquete de los Atrabiliarios*, se plantea desde dos enfoques. En primer lugar, se parte de una aproximación a la susodicha obra atendiendo al punto de referencia que toma el autor y que se refleja en el propio título: el *Banquete* de Platón. Como sería del todo impertinente por mi parte siquiera tratar de esbozar un recorrido sinóptico de los derroteros por los que ha transitado el género del diálogo como forma de expresión filosófica, puesto que esto mismo ha sido hecho ya en multitud de ocasiones, como la llevada a cabo por Francisco J. Fernández en su reseña a Ernesto Castro (*Encastrando a Pan*, El Búho Nº 24, p. 147), las pinceladas respecto a la cuestión extraíbles de las numerosísimas presentaciones videograbadas de la trilogía de diálogos de inspiración platónica publicada por este último y, recientemente, en la presentación de *El Banquete de los Atrabiliarios* en la AAFi (25/04/2025, min. 18) donde, además de compartir sus propias impresiones respecto a su postrero libro, que entendía como



«absolutamente impublicable», califica de «intempestivo» en la actualidad al género que inicia con Platón (*vid. Diálogos III*, Gredos, 1988, p. 148, nn. 8 y 9 para bibliografía sobre el género del ἀγών λόγῳν en la literatura griega; *vid. Saturnales*, Gredos, 2010, pp. 12-22, donde se encuentra una excelentísima aproximación al género simposiaco en letras griegas y latinas, sus personajes prototípicos, variantes literarias, etc.), calificación, la de género [literario], no admitida por algún recalitrante crítico literario contemporáneo respecto a los diálogos platónicos como el *Banquete*.

En segundo lugar, se intentará realizar una zambullida total, una inmersión, en el libro que nos ocupa como muestra última de ese todo literario y filosófico que ha construido Francisco J. Fernández y que constituye, en definitiva, su obra, tomando *El Banquete de los Atrabiliarios* como el último eslabón que nos ha proporcionado para comprender su mundo, a partir del cual le devolveremos la mirada en una especie de Φραγκίσκος κατὰ Φραγκίσκο, esto es, explicándolo desde él mismo, su lenguaje –y el de sus personajes–, sus dejes y esos temas inagotables sobre los que sigue cerniéndose infatigablemente desde hace tantos años. Aquí, pues, se abordará el libro espigando el resto de su obra y de aquellos textos que puedan coadyuvar a su comprensión tanto por complementar las posturas del autor como porque sus redactores formen parte del substrato intelectual del que se nutre aquél y, como consecuencia, también su reciente obrita. Puesto que no me corresponde desvelar los entresijos que pueda conocer ni mucho menos conviene mostrar todo lo que hay condensado en estas 180 páginas, propongo un acercamiento basado en tres ejes: primero, los personajes que en ella aparecen, principalmente los contertulios que hacen acto de presencia en casa de Nanna; segundo, el papel del ajedrez como una suerte de herramienta extremadamente polivalente en manos



del autor y los usos concretos que aquí le da, así como sus consecuencias epistemológicas y, por último, un somerísimo repaso sobre algunos de los problemas filosóficos, qué tratamiento les da y cómo los intenta solventar con mayor o menor tino, puesto que, en definitiva, éstos son los que vertebran y densifican esta reciente propuesta que nos ofrece.

¿Qué le debe *El Banquete de los Atrabiliarios* al *Banquete de Platón*?

Como cualquiera puede intuir a partir del título, aunque sabemos que el cambiar «tertulia» o «velada» por «banquete» ha sido un acierto del editor, algo le debe Francisco J. Fernández a Platón, no conformando una excepción, por supuesto, del resto de la filosofía europea y quizá lo que haya hecho nuestro autor no sea sino escribir una nota más al pie de página de los diálogos platónicos (*cfr. Proceso y Realidad*, Losada, 1956, p. 67), ofreciéndole su tributo en el mismo género que al que apostilla. Pocas palabras más encomiásticas puede uno recibir al escribir un diálogo filosófico que las siguientes: «En este diálogo, literatura y filosofía son justamente la misma cosa: una composición original en la que la filosofía toma cuerpo en la realidad, mientras que la visión de la realidad es enteramente transformada por la filosofía. Combina la pintura de las situaciones rica en detalles y la expresión de los problemas filosóficos más difíciles con el más alto refinamiento compositivo (*Diálogos III*, p. 145)». No estaremos exagerando si concedemos una parte de tamaño galardón a la obra que nos ocupa, pues, a pesar de que el propio autor alega que en ella «siempre he sacrificado la exhaustividad conceptual por la agilidad narrativa; yo no he querido que se me cayera el diálogo de ninguna de las maneras (AAFi, 25/04/2025, min. 34)» y esto es patente, puesto que la lectura del librito es marcadamente ágil y no produce el



desconcierto propio de algunos de los diálogos de juventud de Platón, donde en ocasiones uno hace propio el cabeceo afirmativo agotador, seminconsciente y cuasicataléptico –discúlpeme el autor la “tríada sintagmática”– del interlocutor asaeteado por el tábano de Atenas, sino que, muy de acuerdo con su modelo, representa también una etapa literaria (¿y filosófica?) madura del autor en la que no le es preciso acudir en todo momento a su valedera de antaño, la hipotaxis, una de sus «querencias de mocedad (*El fantasma de la deíxis*, p. 251)», con la que se pretende dar fe de que, en efecto, una gran profundidad de pensamiento no puede sino mostrarse –a veces cayendo en lo epidíctico, otras legítimamente impelido por la necesidad– mediante una sintaxis alambicada y con paciencia urdida como el copo de su frecuentado refrán. No obstante, quede constancia de que secundo su vicio y me declaro fiel seguidor de la postura según la cual al común de los mortales sólo nos es posible expresar un pensamiento semicomplejo, por mínimamente hondo que sea, mediante una sintaxis hipotáctica que sea fiel reflejo de los derroteros mentales que hemos transitado para formarlo. ¿Qué queremos decir? Que, en efecto, es digno de congratulación ver que Francisco J. Fernández ha dado el paso que sólo les está reservado a unos cuantos, a saber: pasar de expresar un pensamiento complejo, que no cabe duda que lo tiene, pues sus otras obras de pulquérrimo castellano no eran precisamente una suerte de *ndiyviov*, mediante una hipotaxis enmarañada a expresar la misma profundidad conceptual en registros variados y más dados a la parataxis, como ya demostró en su novela erótica *Nanna* y como da buena cuenta atreviéndose en esta ocasión con el diálogo.

En esta misma dirección, merece la pena apuntar que, a diferencia del *Banquete* de Platón, donde las intervenciones se contraponen unas a otras, aunque en algún punto reutilicen asunciones



explicitadas en las anteriores, y las propuestas de encomio a Eros vienen individualizadas mediante más o menos largos discursos que crean una suerte de pequeños monólogos en un contexto dialógico, quizá, en última instancia, un *pseudodiálogo* jalonado por propuestas a grandes rasgos disociadas entre sí que (pseudo)contrasta con los *pseudodiálogos* aporéticos donde, exceptuando las aquiescencias y los *¡por Hércules!* y *¡por Zeus!* del interlocutor de turno se crea una especie de soliloquio en la voz de Sócrates. En contraste con esta forma de dialéctica se encuentra *El Banquete de los Atrabiliarios*, donde sí vemos cómo unas intervenciones se construyen apoyándose en las anteriores y mediante una paráfrasis de Emilio Lledó, que ha dicho que «la filosofía de Platón es la suma del discurso de todos los interlocutores de sus diálogos, la suma de todas sus contradicciones (*Diálogos I*, Gredos, 1985, p. 11)», se puede decir que la filosofía que presenta Francisco J. Fernández en su última obra no es sólo la suma de todas sus anteriores publicaciones con remiendos y matices, sino que es la de todos los interlocutores que nos presentan en el diálogo –tanto en el de primer orden como en el de segundo–, aquí sin que haya una posición apabullantemente vencedora, como la de Sócrates-Diotima frente al resto de contertulios, sino en la que todas las voces arriman el hombro para tratar de alcanzar un estadio epistemológico más elevado, aunque, en última instancia, sea una especie de demostración de ventriloquía por parte del autor.

En este punto, es de ley no procrastinar más el atender a una cuestión tan importante en un diálogo de inspiración platónica como lo es la estructura que lo conforma, jalonada por la adición, intervención y desaparición de los personajes que lo componen, aunque de éstos trataremos *infra* con mayor detenimiento. En primer lugar, se presenta como una obviedad lo parangonable que



son los inicios de ambos diálogos y las consecuencias narratológicas que se derivan de la semejanza de los primeros pasajes. En síntesis, la filosofía del autor viene dada a través del relato de un diálogo de segundo orden y temporalmente anterior que surge a partir de un diálogo de primer orden y en el presente de la narración que tiene su origen en un fortuito encuentro entre dos amigos: por un lado, en el diálogo platónico se cruza Apolodoro con un amigo suyo que le apostrofa y le incita a que le cuente la célebre tertulia que tuvo lugar en casa de Agatón, a pesar de que el propio Apolodoro no estuvo presente, sino que ya le había sido referida de parte de Aristodemo, quien sí que estuvo presente de joven en el famoso simposio; por otro lado, en *El Banquete de los Atrabiliarios* se encuentran también dos amigos, uno de los cuales participó en la contertulia que se narrará y el otro no, siendo éste el que pide tal relato.

Sin embargo, las diferencias narratológicas no dejan de ser evidentes: mientras que en la obra platónica prácticamente desaparece la realidad del diálogo de primer orden, el de Apolodoro con Glaucón, en cambio, en el opúsculo del que nos ocupamos hay un cierto protagonismo compartido, pues el diálogo que se establece en casa de Francisco J. Fernández, el que no tomó parte de la tertulia filosófica en casa de Nanna, ricadueña entrañable recuperada de su novela epónima, coadyuva enormemente no sólo al relato del simposio rural de leídos que se nos cuenta, sino a la propia imbricación y desarrollo de las ideas filosóficas clave del texto. Además, a este diálogo de primer orden se le van sumando y restando piezas de un juvenil trinomio sacadas de la obra *Lycifrón. Diario de clase*, que encarnan papeles *auxiliares*, entendiendo este término empleado con cierta cercanía a su aplicación latina según la cual los *auxilia* son unas tropas comúnmente formadas por hombres



no romanos –en cualquier caso, matizable según épocas tanto su conformación como su papel–, lo que aquí identificaríamos con la aparición de figuras ficticias no creadas *ex professo* para el diálogo, sino que nos son traídas unas que ya forman parte del universo literario de Francisco J. Fernández, y que, en principio, no constituyen el grueso toral del ejército, sino un suplemento con funciones de auxiliaría y complementación, lo que en este caso se plasma en el empleo de estos personajes como un utillaje que le es conocido al autor y manejable con mayor facilidad del que se sirve para agilizar el diálogo y, a mi simple entender, Minaya y Miranda se erigen como una especie de simposiarcas auxiliares que colaboran no sólo allanando el camino para la aparición de aclaraciones de nociones que son preciso dominar para la correcta intelección del texto o la aportación de algún ejemplo (*e. gr.*, pp. 71 y 88, respectivamente; no obstante, en otras ocasiones son ellos mismos, los hijos de Fernández, quienes hacen las aclaraciones y ejemplificaciones: p. 80 él, p. 117 ella, del mismo modo que en el *Banquete* Erixímaco, elegido simposiarca, también hace su propio discurso sobre Eros), sino que también ayudan a reencauzar la narración haciendo abandonar –en unas ocasiones impidiendo a tiempo tajantemente el inicio del desvío y, en otras, criticando los *excursus*– algunos derroteros digresivos que los dos camaradas incoan (*e. gr.*, pp. 57, 65, 74). De este modo, hacen acto de presencia de forma gradual Minaya y Miranda, quienes, en efecto, son «estudiantes que estarían haciendo el papel del lector que no acaba de entender aquello que se está diciendo (AAFi, 25/04/2025, min. 55)» y que, de acuerdo con lo expuesto, propician tanto la explicación más minuciosa de aquellos conceptos que requieren cierto desarrollo para ser comprendidos rectamente, hecho que, en definitiva, no es otra cosa que un recurso de la narración de un diálogo para dotar de crasitud a las ideas principales, *i. e.* para



argumentar con más detenimiento aquello que tiene mayor gravedad conceptual en la obra sirviéndose de las preguntas de los jóvenes que le pavimentan el camino para ahondar en ello, y, además, también facilitan la presentación engolosinada y sugestiva de las referencias bibliográficas que atraviesan la obra y que el autor no cita a pie de página –es, por cierto, un acierto de resonancias clásicas, puesto que encaja con la forma de referenciar de los autores griegos, que «cuando citaban, raras veces especificaban el contexto exacto (*Diálogos III*, p.187, n. 9)», pues haría farragosa la lectura y nos expulsaría a cada momento de la atmósfera ficticia que sirve de marco (mejor dicho: «desvirtuaría la pureza del diálogo», *El Banquete...*, p. 177). En suma, los hermanos, junto con Clitofonte, el escritor del diario susomentado, aparecen y desaparecen progresivamente creando una especie de *Ringkomposition* de las *dramatis personae* presentes en el diálogo de primer orden, donde sólo acaban los que empiezan: los tenaces camaradas José Patiño y Francisco J. Fernández.

Además de lo estrictamente narratológico y cierta inspiración patente, todavía se puede trazar un recorrido por algunas de las referencias más o menos directas que se aparecen a los ojos del lector y que dan pinceladas del simposio platónico al de los atrabiliarios, aunque confieso que la lectura que propongo es amplia, entendiendo por esto que, más allá de todas las que mis ojos y mientes miopes no han podido identificar, algunas de las que sí he captado quizás no deberían de considerarse extraídas directamente del *Banquete*, sino que vienen dadas por el género simposíaco en términos generales o por inspiración pieria del autor sin intención mayor de hacer un guiño al ateniense del que en cierto grado es, como todo Occidente, deudor. En este sentido, lo primero que se me vino a la mente al leer la página 18 fue que no podían



ser casualidad las expresiones populares que imprime, por un lado, a Fernández al pedir que las conversaciones que se dieron en casa de Nanna se las narre Patiño «con pelos y señales», que supuse que encontraría su correlato en la petición de Glaucón a Apolodoro con algún σαφῶς o ἀκριβῶς, pero más bien se corresponde con la voluntad de querer «informarse con detalle (172b: βουλόμενος διαπυθέσθαι τὴν Ἀγάθωνος συνουσίαν)» –añadí un fantasma más a mi colección de cazador de sombras– y, por otro lado, en esta misma página, a Patiño, quien, antes de relatar la conversación que se tuvo, comenta que la cena se dio «entre pitos y flautas», coloquialismo que no puede sino hacernos recordar la realidad del σύνδειπνον en casa de Agatón que pasa a convertirse en el diálogo platónico en un συμπόσιον, *i. e.* la sobremesa propicia para la conversación, sólo cuando el simposiarca despide a la flautista: αὐλητρίδα χαίρειν (176e), pues ya nos es conocido que allí «donde los comensales son gentes de bien y de cultura (o, lo que viene a ser lo mismo: entre los ἀνδράσιν ἐκκεκαθαρμένοις τὰς ψυχὰς [X., *Smp.*, I, 4, 4]) no consigues ver ni flautistas (τὰς αὐλητρίδας) ni bailarinas ni tañedoras de lira, como son capaces de tratar unos con otros sin jaleos y los juegos ésos (Pl., *Prt.*, 347c-d)». Por otra parte, a continuación, Patiño da una caracterización de Nanna, anfitriona «que no cree en la voluntad individual ni en los gustos privados del personal (*El Banquete...*, p. 18)», ergo «se come lo que ella dice (*ibidem*)», descripción que a uno bien pudiera evocarle la famosa escena de *Hell or High Water* (2016), donde la camarera pregunta: «–What don't you want? (...) T-bone steaks, so either you don't want the corn on the cob or you don't want the green beans. So what don't you want? (...) Steaks cooked medium-rare. –Could I get my steak cooked just a... –Don't want no questions», aunque no se puede pasar por alto que el carácter de Nanna es mucho más afable,



como se comprueba tanto en su novela homónima como a lo largo del banquete de sus atrabiliarios comensales.

Como es lógico, respecto a algunas de las posibles referencias que apporto, así como aquellas que pudieran insinuársele al lector, cabe decir que no hay una obligatoriedad de correspondencia directamente relacionada con el trasfondo referencial que configura el acervo intelectual y literario del que el autor ha hecho uso para el entretejimiento de la obra que nos presenta –sobre qué hay que leer cuando se lee quizá la posición, aunque no exenta de obscura tautología, como es lo propio en estas cuestiones, más segura es la que propone M. Ruiz Sánchez: “No hay que leer demasiado, pero tampoco menos. Hay que leer todo lo que está en el texto”, pero *todo lo está en el texto* es, a mi juicio, del todo inaccesible para el lector y me atrevería a afirmar que, aunque en grado menor, también para el autor–. No obstante, el propio Francisco J. Fernández en alguna ocasión ha insistido en que cada palabra está pacientemente reflexionada y rumiada, en la búsqueda de encontrar para cada expresión del pensamiento la palabra exacta (¿ideal?) que le corresponde, «como aquello que decía Dionisio de Halicarnaso: “la expresión se tiene que ceñir al pensamiento como el vestido al cuerpo” (AAFi, 25/04/2025, mins. 14-15)», lo que incita a pecar por desmesura oliscando correspondencias, a incurrir en una odiosa sobreinterpretación constante en lugar de aplicarse al texto con mirada ingenua. Esta sed de identificación de referencias semiocultas se ve agravada especialmente en el caso de que la lectura de este opúsculo sea no la primerísima toma de contacto con el autor, sino el último paso de un seguimiento fiel a su obra, puesto que su mundo literario anterior aquí no se presenta únicamente mediante la reaparición de algunos de sus personajes, sino que también se encuentran aquí, allá y acullá velados guiños a sus



publicaciones pretéritas y que sólo a la luz de éstas pueden mostrarnos la complejidad real del *textus*, como, e. gr., la sinestésica descripción de unos ojos que escuchan más que ven (*El banquete...*, p. 89: cfr. *Nanna*, p. 169) o el traer al menú dialéctico su particular y eviterna guerra en torno al problema del «me servimos» y «nos sirvo» (*El banquete...*, pp. 59-60: *mutatis mutandis*, cfr. *El fantasma de la deíxis*, p. 138, *Nanna*, p. 56, *El resto de la idea*, pp. 403-404). Por supuesto, todo esto es un mero divertimento lúdico si lo comparamos con una labor mucho más interesante: encontrar las referencias bibliográficas ajenas que sobrevuelan copiosamente el texto, puesto que la revelación total del bagaje filosófico subyacente que el autor maneja en éste sería sin duda «uno de los modos más directos, pero también más agradables de introducirse en su pensamiento (*El resto de la idea*, p. 334)», juego para el que se presta el propio Francisco J. Fernández en las páginas finales, donde nos ofrece la opción de dirigirnos a él mediante la editorial «si algún esforzado lector estuviere empeñado en una identificación más exacta (sc. de la “intempestiva bibliografía”) (*El banquete...*, p. 177)».

Además, en esta obrita encontramos algunas otras vinculaciones, quizá menos fantasmagóricas que estas últimas, como puede ser la del protagonismo de la bebida como catapultador anabásico para «ascender del ejemplo al concepto (*idem*, p. 27)», que no es un tema desatendido por los clásicos, pues ya desde Homero es la cena –y cabe intuir, a la luz de la literatura posterior, que todavía más el simposio subsiguiente– un lugar privilegiado «para que trabemos combate (sc. dialéctico) (*Il.*, II, 381)», como bien desarrolla Plutarco en sus *Simposiakà problémata* (más concretamente en 612c, *De si se debe filosofar durante la bebida*) y Macrobio corrobora amparado en la *auctoritas* de Platón: «Evángelo. – Vamos, antes de



levantarnos (sc. de la mesa, tras los postres) entreguémonos al vino, cosa que haremos con el respaldo del decreto de Platón, quien consideró que era, por así decirlo, como el pábulo y la mecha de la inteligencia y la virtud, si es verdad que la mente y el cuerpo se inflama con el vino (*Saturnales*, p. 299)», aunque, si de *auctoritas* va el asunto, podríase uno remontar tanto a los líricos arcaicos (e. gr., Alceo, fr. 110 P: πῶνε [καὶ μέθυ' ὦ] Μελάνιππ': «Bebe [y emborráchate, oh] Melanipo»; fr. 152 P: νῦν χρῆ μεθύσθην καὶ τινα πῆρ βίαν / πῶνην: «Ahora hay que emborracharse y a lo bestia / beber»), como a una figura revestida de autoridad política –iqué pública es ésta y qué lejos está de la *auctoritas* latina!: *o tempora!*– por su cargo de presidente de nuestro país que sentenciosamente y recogiendo el hilo báquico de nuestra tradición clásica añadió otro *dictum* más a su larga lista al exclamar «¡Viva el vino!».

En cualquier caso, si hay alguien doctísimo en ampararse en los clásicos es Petrus, quien, al principio (*El Banquete...*, p. 19), se va lo más lejos posible al citar en hitita «*kinūnza eduweni ekuweni*» («ahora comamos y bebamos»), referencia cuyo hallazgo tuvo enormes implicaciones lingüísticas para la indoeuropeística, pues los tres términos de la exhortación citada tienen cognatos con el léxico de varias de las lenguas clásicas de la familia indoeuropea y corroboraron que al hitita le correspondía el galardón de la lengua atestiguada más antigua de dicha branca lingüística: a) *ki-nūn-za* se relaciona directamente con el *vūv* citado *supra* en el fr. 152 P y del *nunc* (< *num-ce < *nu-ke, donde *-ke 'aquí' es un deíctico sumado a la base léxica 'ahora' [*hi-c et nun-c*]) latino *-nunc est bibendum...*-, reconstruyéndose, por Beekes & Beek (2010), como raíz común para ambos términos una partícula enclítica IE *nu, nuH 'ahora' (p. 1025); b) *ed-uweni* (*edmi*, 1ªsg.) se encuentra emparentado etimológicamente tanto con el ἔδω griego como con el



ĕdō latino, para los que se propone el verbo IE **h₁ed-* ‘comer’ (p. 375), que, además, aparece en una palabra compuesta como segundo término, siendo el primero δειπνον (*cf. supra* el σύνδειπνον como parte previa al συμπόσιον): δειπνηστος (< **deipn-et^{stos}* < **deipn-ed-to-s* [a lo que se le suma el cumplimiento de la ley de Wackernagel II]); c) *ek-uweni* (*ekumi*, 1ªsg.), la incitación a la bebida, es algo más complicada de relacionar con nuestras lenguas clásicas, mas, a partir de la reconstrucción **h₁eg^{wh}*- ‘beber’ (pp. 1019-1020) se han propuesto los siguientes cognatos: en latín se encontraría emparentada con el término *ēbrius* ‘borracho’ y en griego con νήφω ‘estar borracho’. En cualquier caso, como el lector podrá comprobar en su lectura de *El Banquete...* los camaradas reunidos no dan puntada sin hilo –de pan de oro en ocasiones– y se le pueden aplicar las palabras del sapientísimo –y último baluarte de la presencia de helenistas en los sillones de la RAE– García Gual: «la conversación se distingue por su elegante y elevado tono (...). En fin, como se diría ahora, es una cena de intelectuales (*El Banquete*, Alianza Editorial, 2012, p. 9)» que encuentran en la bebida, el άνθρωπω δίοπτρον (Alceo, fr. 153 P), una vía para acceder a lo ontológico y una propulsión para empezar a escalar dialécticamente e intentar cumplir con el compromiso socrático de τάληθη λέγειν.

Si bien en esta suerte de desentramado de las intertextualidades presentes entre ambos diálogos apenas he avanzado de la antesala que son las primeras páginas, salto el sanctasanctórum donde se halla el grueso filosófico para llegar hasta los últimos compases, donde Francisco J. Fernández hace entrar en escena a Cástor y Pólux, homónimos de los dioscuros, caracterizado el primero de ellos por, efectivamente, un léxico obscurísimo con palabras sibilinas provenientes και γάρ ἐκ Διός –aunque con bastante facilidad rastreable en buscadores de trabajos académicos, a pesar de ser un



antiacadémico de tomo y lomo, tanto por sus autores fetiche (*El Banquete...*, p. 17), como por su recurrir a Lacan en calificar *El banquete* como «una asamblea de mariconas (*idem*, p. 164)» y, por supuesto, por la comparecencia de sus socorridos términos «bioluminiscente» y «paratexto» (*idem*, p. 166)», otrosí de una caterva de palabros en vías de extinción (y otros tantos en *vías de creación*); en suma, que «es imposible comprender lo que dice (*idem*, p. 168)»-, y, respecto a la segunda parte del binomio, Pólux, aunque de él no se comente explícitamente en el texto que es ininteligible en sus preferencias, añadido un *caveat!* al lector para que se tome con calma la síntesis *sui generis* de la velada que realiza en la página 165, repleta de términos de referente difuso y cargado reflejo de unas preocupaciones más mundanas de las hasta ese momento tratadas en la plática filosófica, es decir «Toda una jeremiada (*El banquete...*, p. 165)». Esta díada, pues, encarna a la perfección una figura de contrapeso respecto al tono que predominaba en la conversación hasta su aparición en escena, hecho que no deja de tener claras resonancias con el papel que juega Alcibíades en los compases finales del texto platónico, ese «*enfant terrible* de la época (*El Banquete*, Alianza Editorial, 2010, p. 9)», que «trae consigo una bocanada de aire dionisiaco a esta reunión tan apolínea. (...) Con él un cierto frenesí báquico se insinúa en el ambiente (*idem*, p. 13)», palabras que, con ciertos matices, podrían aplicarse a estos alborotadores dioscuros.

En una palabra, no poco es lo que le debe *El Banquete de los Atrabiliarios* al *Banquete* de Platón, como no podría ser de otra manera en alguien que dice de sí mismo «me paso la vida buscando restos de inmortales, es decir, compañeros de ataúd (*El resto de la idea*, p. 275)», y las aquí puestas sobre la mesa convivial son sólo unas cuantas de las más evidentes y otras tantas quizá incluso



imaginarias –la referencia a Mercurio, así como el uso de «el cerco de los dientes» quizá escondan alguna resonancia también al *Banquete* y a la *Ilíada* (en su traducción de E. Crespo), respectivamente–, pero, en cualquier caso, esta última obra de Francisco J. Fernández se convierte tanto en una magnífica excusa para volver sobre el *Banquete* del ateniense como en una excelsa nota a pie de página de los diálogos de Platón.

Φραγκίσκος κατά Φραγκίσκο: la última entrega del *solo-libro*

En la presentación que realizó telemáticamente en *Los diálogos filosóficos de la AAFi*, Francisco J. Fernández dijo que «de alguna manera, uno sólo escribe un solo libro (AAFi, 25/04/2025, min. 12)» y esto es especialmente cierto en su caso, afirmación que trataré de demostrar en las siguientes líneas a partir de un acercamiento a *El Banquete de los Atrabiliarios* desde algunos textos y textículos que ha publicado a lo largo de su ya dilatada trayectoria como estudioso y escritor, así como con el apoyo en lo que deja traslucir en sus textos de su mundo, sus amistades y su afición, el ajedrez y, puesto que para el autor «hablar ya es escribir (AAFi, 25/04/2025, min. 48)», me permito incluir sus palabras dichas en estas mías escritas.

Ahora, retomando el hilván del principio, atendamos a algunos de los personajes que se reúnen en casa de Nanna: tras la nominación de José Patiño de quiénes formaron el plantel de la velada, Fernández reparte las etiquetas, unas de ellas tomadas de su tetrapartición de las figuras del saber realizada en el siglo pasado, otras creadas para la ocasión. Si algo está claro es que todos los presentes tienen un compromiso para con el saber –quizá unos lo que tienen son *vincula* más bien– a la par que una posición respecto al mismo saber: en primer lugar, el propio Fernández se califica de «pseudofilósofo», aunque, si la función de οἱ ὀρθῶς φιλοσοφούντες es, en efecto, ἀποθνήσκειν μελετῶσι, καὶ τὸ τεθνάναι ἤκιστα αὐτοῖς



ἀνθρώπων φοβερὸν (Pl., *Ph.*, 67e), queda por confirmar si el autor se autodenomina «pseudofilósofo» por alguna querencia especial por la vida, impropia de los filósofos de ley –ino «siempre Mateo (*El Banquete...*, p. 175)» y *aliquando et Ioannes* (12: 25)!–; en segundo lugar, a su interlocutor José Patiño lo apostrofa como «un ágrafo de libro (*idem*, p. 18)»; en tercer lugar, apostilla la posición de las terceras personas, las no-personas del relato: Petrus, «un filólogo filosofante», de cuyo referente real he oído decir de sí mismo que el haber acabado como profesor de filología es «una concatenación de infortunios, como en Kafka», clamor al cielo proferido quizá por no poder ser tildado más bien de *filósofo filologante* o, en su defecto, por no estar ya en «aquellos tiempos [en los que] *filología* era prácticamente equivalente a *filosofía* (*idem*, p. 41) (expresado al revés: «Toda filosofía es, pues, en el fondo, filología. Y la filología, con su grande y fecunda ley de las formaciones analógicas, da su parte al azar, a lo irracional, a lo absolutamente inconmensurable [*Del sentimiento trágico de la vida*, p. 270]»)» y, en cambio, estar en estos lodos donde ya no se producen filólogos que puedan llamarse a sí mismos honradamente como tal, siguiendo la autodenominación que se dio F. A. Wolf en 1777, «*studiosus philologiae*» (cfr. *Criticus non fit, sed nascitur*, Redondo Reyes, *AnMal*, XLIII, 2022, pp. 37-56), pero, en cualquier caso, habla –y escribe– «con un continuo tono aporético», como apostilla de sí mismo y su obra; Johannes es el gymnosofista (*sic!*), figura que encarnan «aquellos que esperan del Saber algo más que simplemente saber: que esperan del Saber *salvación*, eventualmente una *salus aeterna* (*Posiciones del Saber*, Francisco J. Fernández, 1999, p. 3; para dilucidar qué características destaca de cada posición de forma escueta, *vid. El resto de la idea*, p. 126, cuyo estilo recuerda un poco a los primeros párrafos del Τὰ εἰς ἑαυτὸν de Marco Aurelio)», aunque una descripción más precisa de



quiénes serían estos *nudosofistas* avistados por los soldados de Alejandro Magno la da Jon Baltza, quien identifica este tipo de sapiente exhibicionista con el del «*nirgrantha*, un 'sin-nudos', 'sin-ataduras' (*Hippótesis*, El Búho Nº 29, 2025, p. 218)» y que apunta ingeniosamente que quizá, en realidad «hay dos tipos de gimnosofistas: unos son los auténticos gimnosofistas que son los desnudos y otros son los sofistas, que están vestidos. Y, ¿de qué están vestidos? Pues están vestidos de su creencia de que saben cosas y éstos son los que se quieren salvar (AAFi, 25/04/2025, min. 105)» en contrapropuesta a lo dicho por Francisco J. Fernández hace más de un cuarto de siglo; Rafael, «un socrático menor reconvertido en ortotipógrafo»; Demetrio, calificado como «sabio» y figura donde se produce la confluencia de algunos de los referentes filosóficos españoles más importantes para el autor y, finalmente, los «dos profesores bienhumorados», que son Cástor y Pólux, de quienes lo dicho *supra* baste. Si algo cabe añadir a este repaso de los dialogantes que se presentaron en casa de Nanna, es que, junto con los personajes que aparecen en el diálogo de primer orden (además de los dos camaradas nombrados, Minaya, Miranda y Clitofonte), todos están finamente caracterizados mediante el uso de un léxico personal, una fraseología propia y hasta en el uso del imperativo gramaticalmente correcto o incorrecto (*cfr.* pp. 85, 86): Nanna es tan *reFranera* como el propio Francisco J. Fernández, Petrus habla casi más en latín que en castellano y más a través de citas que de palabras propias, Rafael se muestra casi siempre lacónico, etc. En cualquier caso, partiendo de que otrora, en su mocedad parisina, el autor escribió «pues apenas si tenemos amigos. ¡Pero cómo tenerlos con esta estupidez! (*El resto de la idea*, p. 42; *cfr. El banquete...*, p. 17)», es un grato hallazgo ver de qué modo con el transcurrir del *tempus edax* ha logrado hacerse con unas amistades con quienes soportar y discutir lo insufrible de lo contemporáneo y lo



inaprehensible de lo atemporal, lidiando con este «mundo, es decir, el peor de los mundos posibles [A. Arozamena *bene dixit*] (AAFi, 25/04/2025, min. 81)» plasmado en este opúsculo que el mismo Alejandro oportunamente califica de «un diálogo sí, de un diálogo platónico, de un diálogo ultraplatónico. (...) obrita que es mucho más de lo que parece (*idem*, mins. 80, 83)».

En caso de tener que identificar un denominador común en el *solo-libro* de Francisco J. Fernández, éste sería, sin duda, el ajedrez, y no exclusivamente por su gusto por el juego, sino por el abuso que hace de las inconmensurables posibilidades que éste ofrece como herramienta epistemológica; mejor sintetizado en la presentación que le hizo su amigo Redondo Reyes: «el ajedrez para Fran, en este sentido, es una sede privilegiada para el pensamiento, es por donde se catapultan determinados problemas y determinados intentos de solución (AAFi, 25/04/2025, min. 4)», quien, por otra parte, hace también uso y abuso de la modalidad a la ciega en su errabunda anátesis particular hacia la Verdad: «¡Ajedrez platónico: el verdadero ajedrez! (*Minima Philologica. Hacia una fundamentación filosófica de la Filología Clásica*, P. Redondo Reyes, Editum, 2022, p. 17)». Es por ello por lo que sus textos están atravesados de análisis, comentarios y representaciones gráficas de jugadas y partidas de ajedrez, a lo que, por supuesto, *El Banquete...* en absoluto supone una excepción, pues es precisamente a través de la evocación de una partida jugada a la ciega en casa de Nanna como se asciende hacia el concepto como vía demostrativa de que «de alguna forma hablamos mediante bloques de simultaneidad en vez de mediante yuxtaposiciones (*El Banquete...*, p. 88)» y ejemplo ilustrativo de la «dialéctica entre pensamiento matricial y pensamiento lineal (*idem*, p. 90)». Consabido es que el poner el ajedrez al servicio del pensar el lenguaje es algo que viene de lejos, desde el *Curso de lingüística*



general de Saussure, y que ha calado hondo en los filósofos posteriores que se han ocupado del lenguaje como Wittgenstein, con su célebre «La pregunta “¿Qué es realmente una palabra?” es análoga a “¿Qué es una pieza de ajedrez?” (*Investigaciones filosóficas*, n. 108)» o Agustín García Calvo y, de entre los vivos, son grandes ejemplos Redondo Reyes, que ha problematizado cinco grandes caballos de batalla lingüísticos a través del ajedrez (*vid. Lingua una sumus. Sobre ajedrez y lingüística*, El Búho Nº 29, 2025, pp. 146-175), entre los que se puede destacar su aproximación sobre la posibilidad de la función poética mediante lo que implica para la cuestión la posibilidad de corrección de la anotación de la última jugada del Levitsky-Marshall (Breslau, 1912 [mismo año de la partida entre Rubinstein y Schlechter que se analiza en *El Banquete...*, pp. 101-101 y en la que el autor cree identificar «el triunfo de lo hipotáctico», expresión que podemos leer aquí y allá en su obra, como contrapunto de su pensamiento sobre la parataxis, con la que «se llega antes a todas partes, pero el precio es que se dejan muchas cosas en el camino (*El resto de la idea*, p. 388)»] de 23...Dg3! a 23...Dg3 o, en su defecto y con sus ulteriores consecuencias, a 23...Dg3!!, *i. e.* el paso de calificarla como buena jugada, correcta y excelente, respectivamente (*cfr. El Banquete...*, pp. 148-149), cuyo análisis empieza rezando: «Si se acepta la analogía entre el ajedrez y el lenguaje (...), el ajedrez provee de una especie de belleza con sus propios condicionantes. El logro de tal belleza puede, así pues, compararse a la *belleza* creada mediante palabras; o sea, el lenguaje literario (*Minima Philologica...*, pp. 171-172, n. 134)» y, cómo no, otro gran ejemplo contemporáneo es el propio Francisco J. Fernández, que actualiza en cualquier tema susceptible de ser pensado las potencialidades que ofrece el ajedrez –mejor expresado por el autor: «esta capacidad que el ajedrez tiene para proyectarse sobre tal cantidad de ámbitos (...). Me permite



soñar con una continuidad y unos vínculos que en otros lugares resulta sumamente dificultoso encontrar. Me permite asimismo desalojarlo de su dimensión metafórica (...) y tomarlo verdaderamente en serio, pues tomando en serio a este tomo en serio también a esta (sc. la filosofía, sobre la cual en vinculación con el ajedrez defiende la siguiente tesis: «Lo importante no es que la filosofía tenga que decir algo al respecto del ajedrez, es que el ajedrez puede ayudar a la filosofía a ponerse en claro –*ceteris paribus*, *El Banquete...* es una muestra perfecta de cómo el ajedrez puede tener la misma facultad clarificadora sobre algunos de los grandes problemas de la lingüística general y la filosofía del lenguaje, las *Sprachwissenschaft* y *Sprachphilosophie*, respectivamente, de Coseriu– [*La tarea filosófica del ajedrez*, *El Búho* Nº 29, 2025, pp. 60-61]) (*ibidem*)» y así lo viene demostrando desde su *El ajedrez de la filosofía* (Plaza y Valdés, 2010).

Por lo que a la obrita actual corresponde, las potencialidades esclarecedoras del juego se aplican, además de como comprobación de lo matricial *versus* lo lineal, para cernirse sobre problemas aparentemente irresolubles, tales como las articulaciones de la lengua, proponiéndose hasta cuatro (frente a las dos habituales), la exigencia de denominación de las cosas sobre los hablantes y cómo nos las ingeniamos para hacer pasar del que haya cosas a que existan, puesto que «no las hay en verdad hasta que tenemos las palabras (*El Banquete...*, p. 135)» con que nombrarlas, esto es, que existen las *res* si, y sólo si, hay *nomina* –sobre otro gran problema, el de los *nomina sine re*, como el querido *blítyri* de Francisco J. Fernández, así como de la relación entre el significado y el significante, se discute a partir de la página 36 y conviene consultar *Nuevas consideraciones sobre las ἄσημοι φωναί: βλίτυρι, σκινδαψός, κνάξ et similia*, de P. Redondo Reyes en *Myrtia* 31



(2016), pp. 291-316-, lo que nos aboca a que «quizá no podemos escapar de esta inmensa cárcel lingüística, quizá todo el ser, toda la realidad no pueda descubrirse, ni siquiera existir, al otro lado del muro del lenguaje (*Diálogos I*, p. 23)», afirmación que comporta ciertas implicaciones gnoseológicas, *a fortiori* ontológicas: «si la metáfora entraña conocimiento y este lo es del mundo, el lenguaje es una función de la ontología (*Minima Philologica...*, p. 275)», que esto tiene –en fin, ἐποχή;–. El ajedrez, decía, a este opúsculo le sirve, por último, tras un ameno *excursus* sobre la decadencia del noble recurso de la analogía y la metáfora en la actualidad (*El Banquete...*, pp. 128-129) –si acérrima es la crítica de Francisco J. Fernández sobre los poetas que no se saben sus propios poemas y los leen en lugar de declamarlos recitándolos de memoria, no menos acritud encierra la postura de Petrus contra la monopolización de la metáfora, además con exclusividad de partir de una base referencial icónica o visual amparada en una suerte de «mirada privilegiada (*ibidem*)» del poeta–, para caer sobre un problema crucial de la lengua, del saber, del ser, o sea, del hombre, ergo el Problema: la recursividad ineluctable que entraña el manejo de signos, si para su construcción precisamos, a su vez, de los referentes y el hecho de que éstos no lleven a otra cosa sino de vuelta al signo que depende de ellos. Aquí reside, pues, la virtud de la explotación de las potencialidades del ajedrez a ciegas, *i. e.* el platónico, el de veras, que se juega en *El Banquete...*, pues permite comprender a los sesudos comentaristas y jugadores la evanescencia e inaprehensibilidad de la realidad del Ser que se trata de asir a partir de un Saber que se problematiza de base si depende de la nominalización de las cosas para que éstas existan. Esto, por supuesto, suponiendo que el lenguaje, *a fortiori* la realidad («El lenguaje es el que nos da la realidad, y no como un mero vehículo de ella, sino como su verdadera carne, de que todo lo otro, la



representación muda o inarticulada, no es sino esqueleto [*Del sentimiento...*, p. 270]»), no es de forma irremediable privado y, entonces, todo diálogo deba considerarse humboldtianamente un continuo tendido de puentes que separan más que acercan y que, en efecto, el diálogo no sea sino la suma de *exofasias* que sólo difieren de la *endofasia* orteguiana en que se vocean, pero que en absoluto implican el entendimiento real de quienes se comunican ni que al hablar de *las mismas cosas* se esté hablando, de hecho, ni de las mismas cosas ni mucho menos de las cosas en sí mismas. Sea como fuere, a lo que se llega, si es que a algo se ha llegado, es a aceptar lo que se dijo milenios ha sobre la *palabra*, el *todo* y la prelación de aquélla sobre esto, con las consecuencias epistemológicas y ontológicas que deriven de ello: Ἐν ἀρχῇ ἦν ὁ λόγος, καὶ ὁ λόγος ἦν πρὸς τὸν θεόν, καὶ θεὸς ἦν ὁ λόγος. οὗτος ἦν ἐν ἀρχῇ πρὸς τὸν θεόν. πάντα δι' αὐτοῦ ἐγένετο (Jn. 1: 1).

En definitiva, hecho un brevísimo descenso *ad inferos* del concepto a modo de muestra de lo que se puede encontrar en el libro, creo que únicamente resta resaltar que el conseguir que esta catábasis sea cómodamente transitable, además de fructífera incluso para aquellos no instruidos en algunas de las cuestiones tratadas, es un mérito que hay que conceder a esta obra con la que Francisco J. Fernández no sólo proporciona al lector un ahondamiento progresivo en algunos de los problemas capitales la filosofía en general y del lenguaje en particular, entretejidos con finura y aterrizados mediante el ajedrez, su catapulta epistemológica de confianza, triunfo que logra, como ya se le ha comentado y él mismo reconoce, merced a no borrar las líneas como los geómetras antiguos y optando por dejar todo el andamiaje a la vista y, además, decorándolo con ornamentos léxicos, paremiológicos y anecdóticos que engolosinan y recubren lo denso del meollo haciéndolo



El Búho Nº 30
Revista Electrónica de la **Asociación Andaluza de Filosofía**.
D. L: CA-834/97. - ISSN 1138-3569.
Publicado en <https://elbuho.revistasaaafi.es/>

perfectamente digerible para aquel que se acerque al texto, verdadero *textus*, y los temas en él desarrollados, sino que también se le debe reconocer el hacerlo en un diálogo de inspiración platónica, uno de los géneros más denostados por la filosofía, salvo contadas excepciones ya mencionadas, y academia contemporáneas, donde la primacía del ensayo y el artículo señorean con holgura, contra lo que el autor lanza una propuesta interesantísima y que es mucho más de lo aquí desangeladamente reseñado. En fin, si «el último paso para existir tenía que ver con ser nombrado (*El Banquete...*, p. 144)», *hic et nunc* existe porque ya tiene nombre: *El Banquete de los Atrabiliarios*, ipues que algo así ya exigía existir!